

Los alemanes, reforzados por nuevas secciones del cuerpo 4.º, se lanzaron sobre el campamento francés y lo tomaron, apoderándose también de la pequeña ciudad de Beaumont; mas al Norte de ésta, la artillería francesa volvió á ocupar una posición segura, y se renovó la resistencia de los franceses. Entonces acudieron en auxilio del cuerpo 4.º alemán por la derecha partes del cuerpo 12.º y por la izquierda el cuerpo bávaro (Tann); pero Faily también se vió auxiliado en su ala izquierda por una división de Douay y en su ala derecha por el fuego de artillería del cuerpo 12.º situado al otro lado del Mosa. El combate estuvo algún tiempo indeciso y aun se paralizó, pero en general continuaron los alemanes avanzando, mientras los franceses fueron gradualmente retrocediendo sobre Mouzon, hasta que al fin tuvieron que evacuar también el arrabal de esta población, situado en la orilla izquierda. En esta acción perdieron los franceses cerca de 5,000 hombres y mas de cuarenta cañones, mientras los alemanes perdieron entre muertos y heridos 3,500 hombres. El cuerpo de Douay se retiró parte hacia Remilly y parte sobre Sedan, y todo el ejército volvió á quedar empujado un buen trecho en dirección Norte. El emperador, que hacia las cuatro había estado en compañía del mariscal en las alturas para observar la batalla, se dirigió á Carignan, destinada á cuartel general; pero apenas hubo llegado allí, Ducrot le dijo que la batalla tomaba mal aspecto, y Mac-Mahon le aconsejó dirigirse por el ferrocarril á Sedan, adonde debía retirarse el ejército. Llegado que hubo á las once de la noche á Sedan, le aconsejaron que pasara adelante hasta Mezieres, donde se hallaba el cuerpo 13 (Vinoy), que se estaba formando, y organizase con su auxilio en una de las fortalezas del Norte un nuevo centro de defensa. Napoleón, sin embargo, temiendo que se le acusara de no haber pensado mas que en su salvación personal, se encaminó á pie, acompañado únicamente por su ayudante, en el silencio de la noche, desde la estación á la ciudad destinada á ser la tumba de su imperio (1).

Mac-Mahon concentró, en efecto, todo el ejército en Sedan según había escrito al emperador. Los alemanes por su parte destruyeron aquella misma noche el ferrocarril de Montmedy para inutilizarlo en todo caso; en el gran cuartel general se esperaba con mucho fundamento que se podría obligar á rendirse á todo el ejército enemigo; y en la misma noche se dieron las órdenes necesarias para este caso, encargando al ejército del Mosa cercar al enemigo por la parte del Este, y al tercer ejército acorralarle por el Oeste y Norte. Por si los franceses pasaran la frontera de Bélgica y no fueran desarraigados allí *incontinenti*, las tropas alemanas recibieron orden de seguir al enemigo al territorio belga. Por lo demás, quedaba todavía entonces la posibilidad de que Mac-Mahon, avanzando rápidamente por la orilla derecha del Mosa, pudiera salvarse llegando el 31 de agosto á Mezieres.

El mariscal, sin embargo, nada hizo para aprovechar este tiempo, sino que mandó á sus tropas tomar posiciones alrededor de Sedan. Aquella vieja fortaleza no podía darle mucha protección, porque no teniendo obras avanzadas en las alturas inmediatas, podía ser reducida á escombros por la artillería alemana, que era de gran alcance. Mas abajo de la ciudad desembocaban en el Mosa los arroyos de Floing y de Illy, de la parte del Este, y mas arriba el arroyo de Givonne que pasa al Sur de las fuentes de Floing. El monte Calvario de Illy y la altura de Givonne forman los puntos dominantes en aquella especie de isla. En la línea del Norte, cerca de Floing, estaba el cuerpo de Douay; en la del Este al Sur de Daigny el cuerpo de Ducrot, y á la derecha de éste, cerca de las aldeas de Moncelle y de Bazeille, el cuerpo de Lebrun.

1) Obras póstumas, pág. 116.

Faily, cuyas tropas estaban en Sedan, en el interior del espacio aislado, no tuvo ya el mando al día siguiente, porque había llegado ya desde algún tiempo al ejército el general Wimpffen, que había sido destinado á sucederle, y como general mas antiguo tenía además orden del ministro de la Guerra de tomar el mando en jefe en caso de que Mac-Mahon se inutilizara por alguna desgracia.

Por la parte de los alemanes era menester que el ala izquierda diera un notable rodeo para poder tomar la ofensiva contra la línea del arroyo de Illy, pues el Mosa, inmediatamente debajo de la desembocadura del citado arroyo, deja la dirección Noroeste y se dirige al Sur, para tomar después cerca de Donchery, á la altura de Sedan, la dirección al Oeste. Allí pasaron el río los cuerpos 11 y 5, para evitar el arco, mientras continuaron cerca de Donchery la división wurtemberguesa y mucha caballería. Las faldas de las alturas que se dirigen á alguna distancia del Mosa hacia el Sudeste estaban ocupadas por masas imponentes de artillería alemana, y en un punto muy favorable para la observación, cerca de Fresnois, no lejos de Donchery, se situaron el rey, Moltke, Bismarck y Roon, y á su inmediación el príncipe heredero con su estado mayor. Cerca de Remilly enfrente de Bazeilles pasaron el río el cuerpo 1.º bávaro y después el 2.º; mas hacia la derecha estaban los sajones y la guardia, que habían pasado el río cerca de Mouzon é igualmente el arroyo de Chiers, afluente del Mosa que desemboca en este río cerca de Remilly. Estas tropas, que habían pasado el río el 31, tuvieron que efectuar un gran movimiento hacia la izquierda para hallarse enfrente del enemigo, á quien los bávaros tenían ya delante.

Estos últimos avanzaron envueltos en espesa niebla en la madrugada hacia Bazeilles, aldea defendida con valor por los soldados de marina del cuerpo 12. Los mismos habitantes tomaron parte en la defensa de las casas, y los soldados bávaros no les dieron cuartel. La aldea fué tomada y perdida repetidas veces, quedando reducida á cenizas. En este tiempo habían entrado también los sajones en fuego y su primer ataque se dirigió contra La-Moncelle, que ocuparon después de durísima lucha hacia las siete. Después hicieron frente al enemigo, que volvía á avanzar desde Daigny, y aunque entonces se debilitó algún tanto el fuego de los franceses, se hizo otra vez violento hacia las nueve cuando dieron grandes embestidas contra Bazeilles y La-Moncelle. La causa de esta renovación del ataque fué el cambio de mando á consecuencia de haber quedado herido Mac-Mahon. Este había nombrado en su lugar á Ducrot en vez de Wimpffen, y Ducrot, que creía posible todavía la retirada á Mezieres por Illy, mandó dirigirse allí parte de los cuerpos 1.º y 12, mientras otras partes debían facilitar la retirada por medio de una enérgica embestida. Al enterarse Wimpffen de esto, creyó deber suyo hacer uso de sus órdenes y encargarse del mando para impedir la ejecución del plan de Ducrot, que desaprobaba, y hacia las ocho y media comunicó su resolución á Ducrot, enviando al mismo tiempo al general Lebrun una de sus divisiones para reforzarle y encargarle que volviese á ocupar las posiciones que hubiera perdido. Su intención era atravesar las fuerzas enemigas en dirección de Carignan para marchar desde allí sobre Metz. A este fin pensó arrojar primero al otro lado del Mosa, con sus cuerpos 12 y 1.º (Lebrun y Ducrot), á los bávaros; después lanzarse con los cuatro cuerpos sobre los sajones y la guardia, y cuando hubiese quedado de esta manera dueño del campo de batalla, aprovechar la oscuridad y dirigirse á Carignan; mas desde el principio fracasó este plan. El éxito pasajero obtenido por la embestida en la dirección de La-Moncelle se perdió de nuevo muy pronto, y habiendo además pasado las cabezas

del cuerpo 4.º el Mosa, volvió á tomar parte este cuerpo en la lucha cerca de Bazeilles, mientras la guardia, que había llegado ya antes á la derecha de los sajones al tomar éstos á Daigny, ocupó esta aldea y tomó por asalto la de Givonne situada mas al Norte. Poco después se decidió también la batalla en Bazeilles, tomando los bávaros en combinación con un regimiento del cuerpo 4.º las alturas situadas al Norte de esta última aldea y apoderándose en seguida también de las partes de la población que defendían todavía los franceses. El enemigo se retiró en dirección de Sedan á la aldea de Balan, contra la cual pudieron utilizar los alemanes la división 3.ª bávara (del cuerpo 2.º) que llegó hacia las once á Bazeilles. Esta división, sufriendo grandes pérdidas, tomó la aldea y particularmente el parque del castillo, sin poder avanzar mas porque se hallaban ya los alemanes al alcance de la artillería de la fortaleza.

Entretanto los cuerpos 10 y 5 desde las dos de la madrugada habían efectuado el gran rodeo que hemos mencionado antes, y hacia las ocho se habían puesto en contacto con el enemigo cerca de Saint-Menges y de Fleigneux. Entonces se apostó mucha artillería para hacer fuego á las alturas situadas al otro lado del arroyo de Illy y fué inútil un formidable ataque de caballería que emprendió el general Gallifet para apoderarse por medio de un audaz golpe de mano de las mortíferas baterías alemanas. Estas se sostuvieron en sus posiciones y avanzaron mas contra Illy, donde se pusieron en contacto con la guardia, que entretanto se había aproximado desde Givonne á la aldea citada, con lo cual quedó cerrado el círculo formado alrededor de los franceses. En esta situación Wimpffen volvió á su idea de intentar con la mayor parte posible de su ejército abrirse paso hacia Carignan á cualquier costa, ya que de ningún modo podía sostenerse hasta la noche. A la una y cuarto comunicó esta intención al emperador y le propuso que se agregara á él. Napoleón había vuelto entonces á la fortaleza, y por la mañana había ido con su estado mayor á Balan, en cuya ocasión encontró al mariscal Mac-Mahon al ser conducido herido á la ciudad. En sus obras póstumas, pág. 118, hace una triste pintura del estado de su ánimo. No teniendo ya el mando en jefe, no le sostenían ni el sentimiento de la responsabilidad ni tampoco la excitación que se apodera del hombre subordinado á otro que sabe que sacrificándose puede dar á los suyos la victoria. Testigo impotente de una lucha desesperada y convencido de que en aquel día supremo y decisivo no tenía ya ni su vida ni su muerte ninguna importancia para el interés común de la nación, se dirigió al campo de batalla con aquella resignación fría que desprecia todo peligro sin debilidad y sin entusiasmo. Cerca de Balan le dió parte de la situación el general Vassoigne; y como cada grupo de oficiales fué al momento blanco del fuego enemigo, dejó el emperador la mayor parte de sus ayudantes cerca de un batallón de cazadores bajo la protección de un muro, y se marchó acompañado solo de cuatro personas á una eminencia despejada desde la cual se veía la mayor parte del campo de batalla. Uno de sus ayudantes, que envió con una misión al general Ducrot, no regresó porque probablemente le mató una bala enemiga. Aquel terreno era atravesado en todas las direcciones por los proyectiles enemigos, y probablemente el emperador, que sufría además grandes dolores corporales, deseaba que le tocara también una bala. Desde allí dirigióse á La Moncelle y Givonne y encontró á Wimpffen, que le dijo que las cosas marchaban bien y que se ganaba terreno. Entonces quiso pasar por el barranco del Givonne á visitar las tropas colocadas al Norte del barranco; pero tuvo que dar un rodeo que le condujo á un laberinto de setos vivos, de hondonadas y tapias, en el

cual se empujaban buscando paso tropas, ambulancias y artillería mezcladas con fugitivos que pretextaban falta de cartuchos, todos movidos por el afán de llegar cuanto antes á la fortaleza por la única puerta de la ciudad que había quedado abierta. Durante cinco horas había sido el emperador testigo del combate, y como no era posible llegar á Illy regresó á la ciudad para verse con el mariscal Mac-Mahon y pasar entonces por la puerta de Mezieres para llegar á la carretera departamental. Tres oficiales de su estado mayor estaban heridos y eran llevados por soldados; en el camino á la subprefectura reventaron varias bombas sin causarle daño, y como las calles por las cuales había llegado se hallaban ocupadas por una multitud compacta, fué forzoso que se que-



El general Wimpffen (según fotografía)

dara en la ciudad. Solo hacia las tres de la tarde fué entregada á Napoleón la invitación de Wimpffen á salir con él de Sedan, porque no había podido atravesar antes entre la multitud el ordenanza portador de la comunicación. Napoleón titubeó un momento si había de aceptar la proposición; pero luego le pareció que, aun prescindiendo de la dificultad de atravesar la multitud, era impropio sacrificar la vida de tantos soldados para salvarse personalmente y evadirse con el general en jefe, abandonando el resto del ejército por falta de dirección á una perdición segura. En su consecuencia rechazó el ofrecimiento de Wimpffen.

Este último por otra parte resultó incapaz de realizar energicamente su plan. Había tenido que evacuar el monte Calvario de Illy, y ocupar el bosque de Garenne (al Oeste de Givonne y Daigny) para detener al enemigo, que avanzaba impetuosamente. Mas al Oeste había tratado otra vez el general Margueritte de emprender una heroica ofensiva con siete regimientos de caballería, y después de quedar gravemente herido, había renovado Gallifet la ofensiva; pero estas tentativas costaron la vida á la mitad de la gente sin que se obtuviera la mas pequeña ventaja. Las órdenes que Wimpffen envió al cuerpo 12.º y á todos los demás cuerpos de tropa que estaban á su alcance para forzar el cerco enemigo, ó no llegaron en parte siquiera á su destino, ó encontraron á la tropa demasiado extenuada para ejecutarlas. No obstante, hacia las dos se emprendió la embestida contra Balan y



el valle de Givonne, mas ni siquiera se consiguió un éxito pasajero. En cambio los sajones y la guardia, mientras los bávaros rechazaban el citado ataque, atacaron por todos lados el bosque de Garenne, como único punto que continuaba en poder del enemigo fuera del radio de la artillería de la fortaleza. A pesar de la resistencia heroica que hicieron tambien allí los franceses fué inútil su valor, pues aunque la lucha continuó en algunas partes del bosque hasta las cinco, no hubo mas que combates sueltos sin importancia; la gran masa de las fuerzas francesas se hallaba ya rechazada hasta debajo de los cañones de Sedan. Entonces tambien se extinguió la lucha cerca de Balan, que Wimpffen habia vuelto á emprender con desesperada energía hácia las cuatro para abrirse paso en aquella direccion siquiera con algunos miles de hombres. Habiéndose de este modo convencido de la inutilidad de esta última tentativa, conformóse Wimpffen con las repetidas órdenes del emperador de entrar con el enemigo en negociaciones.

Merece ser conocida la opinion de Napoleon mismo respecto de las circunstancias bajo las cuales habia tomado esta resolucio. Desde las cuatro habian empezado las baterías alemanas en la orilla derecha del Mosa á hacer fuego contra la ciudad y la fortaleza. «Centenares de cañones, dice Napoleon en sus obras póstumas (pág. 121), arrojaban sus proyectiles sobre la ciudad; muchas casas se incendiaron, se hundieron tejados; la muerte hacia muchas víctimas tanto en las calles atestadas de gente como en los cuarteles que estaban transformados en hospitales y en los patios y corrales, en los cuales se habian refugiado soldados de todos los cuerpos. Entretanto uno tras otro los tres jefes de cuerpo, Lebrun, Douay y Ducrot, acudieron al emperador manifestándole que toda resistencia se habia hecho imposible; que los soldados despues de doce horas de combate, sin haber tomado descanso ni alimento, estaban desalentados; que los que no habian podido entrar en la ciudad, se hallaban aglomerados en los fosos y al pié de las murallas, y que era indispensable tomar una resolucio. Hasta aquel momento el emperador se habia impuesto el deber, desde su salida de Chalons, de no intervenir de ninguna manera en las disposiciones y resoluciones del general en jefe, á quien habia cedido el mando; pero en aquel momento decisivo, cuando 80,000 hombres parecían destinados por una fatalidad inaudita á morir sin lucha, se acordó de que era emperador y responsable de tantas vidas, y de que no podia dejar degollar á su vista hombres que podían todavía servir posteriormente á la patria. Envió, pues, á uno de sus ayudantes á la ciudadela para enterarse de la situacion. Costó al ayudante mucho trabajo llegar, pues las calles y hasta la misma ciudadela se hallaban atestadas de soldados que se habian refugiado allí. A su regreso confirmó lo dicho por los generales. En su consecuencia envió el emperador al general Lebrun para decir á Wimpffen que pidiera una suspension de hostilidades á fin de recoger á los heridos y reflexionar sobre lo que convenia hacer. Viendo que Lebrun no volvia y que el número de las víctimas se iba aumentando incesantemente, se decidió el emperador bajo su responsabilidad personal á mandar izar la bandera de parlamento, comprendiendo todo el peso de su accion y previendo las acusaciones que se levantarían contra él. La situacion se presentaba á su vista con toda su gravedad, y el recuerdo de un pasado glorioso aumentó la amargura y el contraste entre aquel pasado y el presente. ¿Cómo consentir que el ejército de Sebastopol y de Solferino depusiera las armas? ¿Cómo hacer comprender que cuanto mas numerosas eran las tropas condensadas en un espacio estrecho, tanto mayor habia de ser la confusion y tanto menor la posibilidad de restablecer el orden indispensable para

la lucha? El crédito que el ejército francés gozaba con razon iba á desaparecer de un solo golpe, y el emperador, que no habia tomado parte ninguna en las resoluciones adoptadas, iba á quedar á los ojos del mundo como único responsable de la desgracia sin ejemplo y de todos los desastres de la guerra. Para que no faltara nada para hacer mas grave la situacion en aquella hora fatal, el general Wimpffen envió su dimision al emperador, de suerte que el ejército disuelto estaba amenazado de encontrarse sin jefe ni direccion, justamente cuando se necesitaba la mayor energía para establecer un poco de orden á fin de tratar con el enemigo con mayor esperanza de sacar algun resultado. La dimision no fué aceptada y el general comprendió que su deber le imponia despues de haber mandado en la batalla, no abandonar su puesto en circunstancias tan críticas. Mientras se estaba izando la bandera de parlamento, un oficial prusiano pidió ser conducido al cuartel general, y se supo por él que su soberano se hallaba delante de las puertas de la ciudad y no sabia por otra parte que Napoleon se hallara en Sedan. En esta situacion creyó el emperador que lo mejor que podia hacer era escribir directamente al rey. Los periódicos habian dicho tantas veces que el rey de Prusia no hacia la guerra á la Francia sino al emperador, que éste se hallaba convencido de que desapareciendo de la escena y entregándose en manos del vencedor obtendria condiciones menos duras para el ejército, dando mas facilidad á la regente para hacer en Paris la paz. En su consecuencia envió á uno de sus ayudantes al rey con una carta en la cual decia que le entregaba su espada (1).»

No hallándose autorizado el general Reille, portador de la carta, para entrar en ulteriores negociaciones respecto de la suerte del ejército y de la fortaleza, el rey Guillermo le entregó esta contestacion: «Comprendiendo las circunstancias que nos rodean, acepto la espada de V. M. y le suplico autorice á un oficial para tratar sobre la capitulacion del ejército que tan valerosamente ha peleado bajo sus órdenes. Por mi parte he destinado al general Moltke para tratar.» Fué elegido para sitio de las negociaciones Donchery, adonde se trasladaron por parte de los alemanes Moltke y Bismarck y por parte de los franceses Wimpffen y Castelnau. Wimpffen se esforzó en conseguir las mejores concesiones para sus tropas; pero Moltke le hizo ver que sus 80,000 hombres estaban cercados por un número triple de alemanes, y que la artillería alemana podia reducir á escombros la fortaleza en menos de dos horas; que solo habia víveres para un dia y casi ninguna municion de guerra, por manera que prolongar la resistencia seria dar lugar solo á una carnicería inútil cuya responsabilidad corresponderia á quien no la hubiera impedido. Bismarck añadió que la situacion insegura de Paris hacia imposible dejar marchar á la tropa bajo su simple promesa de no hacer mas guerra contra la Alemania, porque como habia sucedido otras veces, un nuevo gobierno desligaria pronto á la tropa de esta promesa. Wimpffen no obstante no pudo resolverse á aceptar las condiciones prusianas y despues de tres horas de discusion, Moltke concedió á la una de la madrugada un plazo al francés hasta las nueve de la mañana. Entonces reunió el jefe francés á treinta y dos generales en un consejo de guerra que declaró por unanimidad menos dos votos que era imposible continuar la lucha y que la capitulacion, aunque dura, era una necesidad absoluta.

Entretanto Napoleon se habia dirigido muy temprano por

(1) Véase la carta: «Monsieur mon frère: N'ayant pas pu mourir au milieu de mes troupes, il ne me reste qu'à remettre mon épée entre les mains de Votre Majesté. Je suis de Votre Majesté le bon frère: Napoleon. Sedan le 1 Sept. 1870.»

la mañana en un coche de alquiler de dos caballos y acompañado del príncipe de la Moskowa y de algunos otros generales, á las avanzadas prusianas. Le precedia el general Reille para avisar al conde de Bismarck la llegada. Bismarck salió á recibir al emperador, á quien encontró cerca de Fresnois; y siendo imposible satisfacer el deseo de Napoleon de ser conducido inmediatamente á presencia del rey, porque éste se encontraba á tres leguas de allí en Vendresse, donde estaba el cuartel general, puso Bismarck á su disposicion entretanto su alojamiento en Donchery. Antes de entrar en la poblacion expresó el emperador el deseo de bajar del coche y tomar asiento en una casita de obrero aislada, donde en un pequeño cuartito humilde celebró una entrevista con Bismarck que duró una hora, procurando obtener condiciones mas favorables para el ejército. Bismarck eludió todo compromiso, declarando que respecto de asuntos militares solo Moltke era competente. Entonces dió otro giro á la conversacion y preguntó si habia posibilidad de entrar en negociaciones de paz; pero en este punto observó Napoleon que solo la regente rodeada de los ministros y de las cámaras podia tratar con completa independencia. Bismarck dijo que segun lo que conocia del carácter francés no se perdonarian nunca á los alemanes sus triunfos y que la paz solo seria una tregua, á lo cual contestó Napoleon que esto dependia de las condiciones alemanas, y que si éstas llevaban el sello de aquella generosidad de que habia dado pruebas el emperador Alejandro en 1815, la paz podria ser duradera. Entretanto habia llegado tambien Moltke, y el emperador suplicó á éste que aplazara las discusiones militares hasta que él hubiera hablado con el rey personalmente, pues que esperaba alcanzar algunas concesiones á favor del ejército. Moltke no prometió nada, pero se ofreció á ir al cuartel general y enterar al rey del deseo de Napoleon. Mientras se alejaba Moltke se trasladó Napoleon á invitacion de Bismarck y acompañado por él á la quinta de Bellevue, cerca de Fresnois, adonde llegó poco despues tambien el general Wimpffen, al cual se habia tenido que recordar por medio de un parlamentario la conclusion del plazo. Interin se esperaba á Moltke se encargó el general Podbielsky de continuar con Wimpffen las negociaciones de capitulacion; mas la noticia enviada por Moltke, por medio de un oficial, de que el rey solo queria ver al emperador despues de haberse firmado la capitulacion, destruyó las últimas esperanzas de los franceses de obtener mejores condiciones. Sin embargo, se concedió libertad á los oficiales bajo su palabra de honor de no luchar mas contra la Prusia, lo cual agradeció Wimpffen mucho, como un homenaje que los alemanes tributaban al valor de los franceses. Hácia las once y media fué firmada la capitulacion por Moltke, que entretanto habia regresado de Vendresse, y Wimpffen.

Poco despues llegó el rey acompañado del príncipe heredero á Bellevue y tuvo con el emperador una entrevista á solas (1). Al preguntar el rey qué intenciones tenia Napoleon, se puso éste á la merced del vencedor, y el rey expresó en términos vivos lo mucho que sentia la situacion de su adversario vencido, y añadió que sabia muy bien cuánto le habia costado el decidirse á la guerra. Confirmó Napoleon este aserto diciendo que habia cedido á la opinion pública, á lo cual replicó el rey que las personas escogidas por Napoleon para consejeros suyos tenian la culpa de que la opinion pública hubiera tomado esta direccion. A la pregunta del rey de si Napoleon deseaba entrar en negociaciones, contestó éste excusándose con el gobierno de Paris. La eleccion de Wilhelmshohe cerca de Cassel para residencia suya le satis-

fizo mucho, y mas la disposicion de que fuese acompañado por una escolta de honor prusiana para su seguridad hasta mas allá de la frontera. Con un gesto convulsivo y doloroso retrocedió un paso cuando supo que no habia sido el ejército del príncipe Federico Carlos el que habia tenido enfrente, pues que este príncipe se hallaba todavía á la cabeza de siete cuerpos delante de Metz. Hubiera sido siempre un consuelo para Napoleon haber sido vencido por todo el ejército alemán. Admitió la alabanza que hizo el rey Guillermo del valor del ejército francés, pero se lamentó de su falta de disciplina y alabó la artillería prusiana como la primera del mundo, y á la cual no habian podido resistir los franceses. Al cabo de un cuarto de hora salieron los dos monarcas de la estancia y se les acercó el príncipe heredero para apretar cordialmente la mano al prisionero, que reconoció con agradecimiento la manera generosa con que habia sido tratado por el rey y expresó su sentimiento de que la lucha hubiera tomado un carácter tan sangriento y terrible, lo cual lamentaba tanto mas cuanto que él no habia querido la guerra. Finalmente pidió permiso para enviar á la emperatriz un telegrama cifrado á fin de enterarla de los sucesos é invitarla á negociar la paz.

La partida del emperador fué aplazada á causa de los preparativos necesarios para el dia siguiente, 3 de setiembre, y entonces acompañado por el general Boyen, ayudante general del rey, por la mayor parte de los oficiales de su séquito y por un escuadron de húsares, fué conducido al través de las líneas prusianas á la frontera belga. Por la noche llegó á Bouillon, donde fué recibido por la poblacion con expresion de simpatía, y el dia 4 continuó el viaje hasta Verviers, donde supo por la mañana del dia siguiente el estallido de la revolucion de Paris. Bajo la impresion de esta nueva catástrofe llegó por la noche á Cassel, separado de su hijo é ignorando lo que habia pasado á la emperatriz. Le recibieron el gobernador civil y el comandante general militar y fué conducido en coche á Wilhelmshohe, la antigua residencia de su tío Jerónimo, el ex-rey de Westfalia, donde permaneció hasta el 19 de marzo, en cuyo dia se extendió la noticia de que habia triunfado en Paris la *Commune* para atraer nuevas desgracias sobre la Francia, entregando la capital á sangre y fuego.

Desde entonces hasta su muerte vivió Napoleon exiliado con su esposa en Chislehurst, en Inglaterra. A pesar de los grandes padecimientos físicos y morales que le atormentaron, ocuparon su espíritu variadísimos problemas: ora la descripcion de los últimos acontecimientos de su gobierno, ora la construccion del modelo de una estufa, ora el establecimiento de arbitrajes internacionales ó la supresion del impuesto de consumos en Francia. Tambien se ocupó mucho de la idea de su regreso á Francia, sin por esto lisonjearse con esperanzas exageradas. A uno de sus partidarios fieles escribió: «Solo puedo volver á Francia por la gran puerta del sufragio universal, y es poco probable que se abra esta puerta.» Encontró no obstante consuelo en la creencia de que la gran mayoría de los franceses deseaban su vuelta, de que hacia progresos el cambio de la opinion á su favor y de que algun dia se le invitaria á volver á ocupar el trono. Faltan pruebas para asegurar que á principios del año 1873 se meditaba para el 20 de marzo un regreso del emperador á Francia (2). El conde de Beust, que es el que mas crédito da á este proyecto, dice que la necesidad de presentarse á caballo, al efectuar el regreso, le determinó á someterse á la operacion quirúrgica que tuvo por consecuencia su muerte. Con arreglo á esta creencia dice tambien La Chapelle (3): «Su enfermedad

(2) Véase la *Memoria de Beust*, tomo II, pág. 365.

(3) *Obras póstumas*, pág. 148.

(1) *Diario del príncipe heredero; Obras póstumas*, pág. 127.